

## **Conferencia de clausura del año académico 2023-2024**

*Tres Cantos, Madrid, 14 de junio 2024*

# **MÁS CORAZÓN EN LAS MANOS, Pero ¿qué corazón?**

“Más corazón en las manos”. Es la frase que ningún alumno olvidará. Nos recibe cada día. Impacta a los nuevos visitantes. Se ha convertido en lema propio, hay grupos que la están utilizando en diferentes países para hacer campañas de humanización.

Pero, con curiosidad académica, para cerrar este curso, llenos de satisfacción en nuestro corazón, vamos a explorar este tema: “Más corazón en las manos. Pero ¿qué corazón?”

Como hemos hecho otras veces en esta casa, pero con menos profundidad y rigor, vamos a realizar una búsqueda a través de la cultura judeocristiana en torno a la palabra corazón, para verificar su significado y sus connotaciones; en particular, si siempre son positivas, como las suponemos en el lema. Exploremos un poquito la posible envergadura de esta frase que, con gusto, evocamos como particularmente sintetizadora del proyecto de Camilo.

Los biógrafos y la tradición sobre San Camilo, este hombre de corazón duro en la primera parte de su vida, dicen que exhortaba a sus compañeros a poner “más corazón en las manos” en el cuidado de las personas enfermas y al final de la vida.

Eran tiempos (el siglo XVI) en que en los ambientes en que él se movía, los enfermos y necesitados eran atendidos en condiciones que hoy son inimaginables en el

primer mundo, pero que se mantienen o están peor aún en la mayor parte de la tierra. Algunos de nosotros, de vez en cuando, nos asomamos a colaborar con proyectos en lugares donde aún la realidad evoca la del siglo XVI de Roma.

La palabra corazón se presta hoy para muchas acepciones...

- Hablamos... de las revistas del corazón.
- Nos referimos a la indiferencia de una persona diciendo: “no tiene corazón”.
- Evocamos el corazón para referir una situación de sufrimiento: “tener el corazón partío” (Alejandro Sanz).
- Lo utilizamos para indicar también una situación de conflicto: “tengo el corazón dividido”.
- Así también hablamos de él cuando no estamos apegados a alguien: “tener el corazón libre”.
- Repetimos algunas frases bíblicas como dichos: “De lo que abunda el corazón habla la boca” (Lc 6,45).
- Lo evocamos como lugar del sentimiento, y así decimos, por ejemplo: “ojos que no ven... corazón que no sienten”.
- Definimos a una persona en sus actitudes (conductas) fundamentándolo así: “tiene muy buen corazón”.
- Anhelamos que “nos pongan como sello en el corazón” de quien nos enamoramos (Cant 8,6).

Pues bien, vamos a explorar lo que Camilo de Lelis pudiera querer decir, al invitar a sus seguidores a “poner más corazón en las manos”.

## El corazón

En la Biblia, la palabra corazón<sup>1</sup> aparece más de 700 veces.

Para la tradición bíblica, así como en la poesía griega, el corazón *es el que regula las acciones*. En él se asienta la vida psíquica de la persona, así como la vida afectiva, y a él se le atribuye la alegría, la tristeza, el valor, el desánimo, la emoción, el odio.

Pero es también, en segundo lugar, *el asiento de la vida intelectual*, es decir, el corazón es inteligente (¡no la cabeza!), dispone de ideas, puede ser necio y perezoso, ciego y obcecado.

Y, en tercer lugar, el corazón *es también el centro de la vida moral*, del discernimiento de lo bueno y lo malo.

En efecto, en hebreo, el corazón es concebido mucho más que como la sede de los afectos.

Contiene también los recuerdos y los pensamientos, los proyectos y las decisiones. Se puede tener anchura de corazón (visión amplia, inteligente) o también corazón endurecido y poco atento a las necesidades de los demás.

En el corazón, la persona dialoga consigo misma y asume sus responsabilidades. El corazón es, en el fondo, la fuente de la personalidad consciente, inteligente y libre, la sede de sus elecciones decisivas, de la ley no escrita; con él se comprende, se proyecta (Pr 19,21). En él se guarda sigilosamente la intimidad ajena (Lc 2,19).

En las relaciones entre las personas es importante la actitud interior, sí; pero normalmente el exterior de una persona manifiesta lo que hay en el corazón. Por eso dice la Escritura: “De la abundancia del corazón habla la boca” (Mt 12, 34).

---

<sup>1</sup> Leb y lebab en hebreo. Kardia en griego. El número depende de las versiones de la Biblia y de las palabras añadidas como “corazones”, “corazonada”, etc.

El corazón, para los semitas y los egipcios, es, sobre todo, la sede del pensamiento, de la vida intelectual, de modo que “hombre de corazón” significa sabio, prudente, mientras que “carecer de corazón” es lo mismo que estar privado de inteligencia, es decir, ser tonto.

### **En las manos, como ternura**

Sí, Camilo dice a sus compañeros (y quizás, pues, también a nosotros): “poned más corazón en las manos”.

Corazón... en las manos...

La expresión de Camilo de “poner el corazón en las manos” podría significar entonces impregnar de la sabiduría del corazón nuestras relaciones, los cuidados que nos prestamos unos a otros (a los ancianos, ¡entre compañeros!, a los que viven el final de la vida, a los familiares, a los vecinos, a los jefes...). Impregnarlas de la sabiduría del corazón, de su inteligencia, de su afecto y de la ternura que le son propios cuando se actúa con libertad y responsabilidad.

Como educadores en la familia, como responsables unos de otros, como vecinos, como profesionales de lo que seamos... sabemos que nos adherimos con más facilidad al bien, cuando hemos sido “seducidos” por la autoridad del corazón de quien nos quiere decir algo o prestar un servicio. Ese es el secreto del poder de la palabra para la antigüedad clásica (la *peithó*): ir acompañada de *eros* (el corazón).

Por el contrario, si uno es cuidado, atendido por otro, al que percibe frío, distante, “sin corazón”, pierde la autoridad en todo.

Puede que en el imaginario cultural exista la idea de que cordialidad y ser serios son algo opuesto, y que para ser un buen profesional (en cualquier ámbito) haya que manifestarse frío, distante, serio y riguroso en las relaciones.

Como si “ser inteligente” y “tener buen corazón” fueran cosas opuestas...

Y, de hecho, no falta quien dice que la distancia más grande que hay en el mundo es la que existe entre la cabeza y el corazón...

Sí, algunos piensan que la ternura, la afabilidad y la blandura, la afectividad claramente manifestada, el interés por las personas y su mundo interior serían de poco intelectuales y serios.

Parecería que es “poco profesional” ser tierno y afectuoso. Sin embargo, no falta quien, en el campo de las ciencias biomédicas, por ejemplo, están reclamando la complementariedad de la medicina basada en la evidencia y la medicina basada en la afectividad, tan necesaria para humanizar hoy la salud.

Y es que podríamos decir que lo que sostiene a la humanidad no es otra cosa que el corazón, el corazón interesado por el otro, particularmente por el otro vulnerable; el corazón “apasionado” por las historias que nos incumben. (Lc 24,32)

Un buen reto para hoy, según algunas modernas tendencias que hablan de inteligencia emocional, es formarse en el ámbito del control de los sentimientos. Se refería a esta formación el documento *Deus Caritas Est* (n.35) hablando de la “formación del corazón”. Cultivar esta inteligencia, que complementa a la inteligencia intelectual, puede contribuir a nuestra felicidad y a dotar nuestras relaciones de la cordialidad con la que se construye más fácilmente un mundo más humano, que con la rigidez de la inteligencia intelectual. “Con miel y no con hiel, nos recordaba con frecuencia mi padre a la familia”.

### **El corazón en la Sagrada Escritura**

Como decíamos, la palabra corazón aparece en La Sagrada Escritura más de 700 veces en el texto de sus versículos, de las cuales unas 550 son el Antiguo Testamento y unas 110 en el Nuevo Testamento. Han sido varias las ocasiones en que he podido recorrerlas todas y disfrutar de los calificativos y de los contextos. ¡Cuánta riqueza! Me siento agradecido.

Me uno a la sabiduría de la cultura judeo-cristiana, para tomarle las palabras de San Pablo, escribiendo a los Filipenses, quien invita a dar gracias a Dios en toda ocasión:

No se inquieten por nada; y den gracias: y la paz de Dios cuidará sus corazones y sus pensamientos. (Fp 4:6-7)

### **Ambigüedades del corazón**

Pero el corazón no solo es citado como fuente de la motivación genuina, origen de la nobleza y bondad del hacer las cosas y del disponerse. Es también la sede de otras dinámicas que producen bienestar y salud, así como de otras que son lo peor del ser humano.

Solo un corazón sano, como dice el salmista, entona acciones de gracias: “Mi corazón salta de alegría, y con cánticos le daré gracias.” (Sal 28:7). Este corazón que agradece puede ser unánime (2Cro 30,12), conmovido (2Cro 32,31) y gozoso (Ct 3,11).

Pero en la sabiduría tan abundante contenida en la Sagrada Escritura, el corazón no siempre es agradecido. Exploremos algunos aspectos negativos o dinámicas destructivas, sentimientos de displacer, que tienen su raíz también en el corazón.

En efecto, el corazón puede maldecir (Gn 8,21), puede endurecerse (Ex 4,21, Ex 7,3; 7,13; 1S 6,6; Jn 12,40; Hb 3, 7)), irritarse (Pr 19,2) obstinarse (Ex 7, 14; 7, 22; Si 3,26.27; Jr 16,12; Ba 1,22), llevar tras las pasiones (Si 5,2; Jr 18,12), entristecerse (Pr 25,20). Como también puede ser íntegro (Gn 20,6); llevar grabados nombres en él (Ex 28,29; Pr 3,3; Pr 7,3), con punta de diamante en la tabla del corazón (Jr 17,1).

El corazón puede odiar al hermano (Lv 19,17), o buscar el bien y a Yahvé (Dt 9, 29) y amarle enteramente (Dt 6,5), siendo recto (Dt 9,5) e íntegro (Dt 10,12).

Puede pervertirse (Dt 11,16; 15, 9, Si 8,2, Dn 13,56), engreírse (Dt 17, 17; Ez 28,5), arder de ira (Dt 19,6), o practicar todo buen precepto (Dt 26,16) y alegrarse (Dt, 28,47) con la mirada radiante (Pr 15,30) y entender (Dt 29,3) y pensar (Dt 29,19), estar dispuesto (Si 1,17), fortalecido (Si 6,37).

## **Corazón repleto, habitado, para explorar**

El profeta Jeremías se atreve a decir que el corazón es “lo más retorcido; no tiene arreglo; ¿quién lo conoce?” (Jr 17,9). Su terquedad lo hace obstinado (Jr 18,12), lo llena de fuego ardiente (Jr 20,9), de venganza (Jr 20,12); solo busca el propio interés (Jr 22,17; Ez 33,31), porque puede estar lleno de fuego ardiente (Jr 20,9), o partido (Jr 23,9), o débil (Ez 16,30) y orgulloso (Ez 31,10). Necesita ser escrutado, explorado (Jr 17,10), porque está habitado de designios (Jr 65, 20; 30,24), de potencialidad de conocimiento (Jr 24,7).

El corazón puede estar desfallecido (Jos 2,11; 5,1; Ez 21,12), derretido (Jos 7,5), tembloroso (Jb 37,1) o abierto (Jc 16,17), incluso de par en par (2Co 6,11), o apenado (1 S 1,8), resentido (1S 29,10), angustiado (Sal 25,17; 2Co 2, 4), muerto en el pecho (1S25, 37), como también puede estar alegre (Jc 18,20; 19,6.22; Rt 3,7; 1S 25,36; Est 1,10; Est 5,2; Sal 16,9; Lm 5,17; Pr 27,11; Pr 27,9.11; Qo 5,1; Si 30, 16; Si 50,23; Si 51,15; Is 30, 29; Is 66,14; Jr 15,16; Si 1,12, Si 26,4, Si 31,28; Si 40,20; Za 10,7; Hch 2, 26)) feliz (Pro 15,15) y exultante (1S 2,1), de fiesta (Pr 15,15). Esta alegría, a veces, es superficial, porque se puede actuar “con alegría en el corazón y desprecio en el alma” (Ez 36,5), con corazón de piedra (Ez 36,26) en lugar de corazón nuevo y de carne (Ez 36,26), en la que se puede escribir (2Co 3,3).

El corazón humano puede tramar planes perversos (Pr 6,18; Jr 3,17); en el malvado, el corazón es ganga (Pro 10,20); puede estar retorcido (Pr 12, 8), enfermo (Pro 13,12), dividido (Os 10,2) amargado (Pr 14,10), igual que un horno de intrigas (Os 7,6), convulsiona (Os 11,8), se engríe (Os 13,6), su recinto se desgarras (Os 13,8; Jl 2,13); puede estar destrozado (Hch 21, 13).

El corazón se apresura con las palabras (Qo 5,1) y las palabras descubren el corazón y sus víboras, porque “la boca habla de lo que el corazón rebosa” (Mt 12,34; Lc 6,45) y lo que viene de dentro del corazón contamina al hombre (Mt 15,8). De él salen las intenciones malas (Mt 15,18), la incredulidad (Hb 3, 12) y los mejores buenos tesoros (Lc 6,45). Le habitan las palabras de la fe (Rom 1,8; Ef3,17).

El corazón apacible es salud para el cuerpo, mientras que la envidia corroe los huesos (Pr 14,30). La envidia puede encerrar con amargura el corazón. (St 3, 14) La

lengua perversa rompe el corazón (Pr 15,4). El corazón contento mejora la salud (Pr 17,22). No ha de abrirse a cualquiera, porque se puede aprovechar (Si 8,2), pero puede ser confiado (Dn 13, 35; Hch 16,14). El mayor temor del corazón es el de los celos de otra persona, cuyo látigo de su lengua es instigador. (Si 7,28) El diablo puede llevarse la palabra del corazón (Lc 8, 12), entrar en el corazón, como en Judas (Jn 13,2) o el de Ananías (Hch 5,3).

El corazón puede tener unos oídos atentos (Ba 2, 30) y convertirse, apartándose de toda maldad (Ba 3,7). Puede estar limpio y ser por ello dichoso y bienaventurado (Mt 58; Pr 22,11). En él se puede estar unidos. (2Co 7,3)

El corazón es el que dicta el obrar (2S 7,3) de manera justa y recta (1R 3,6; 1Cro,29,17; 1 Cro 29,17; Pro 15,28), íntegra (1R 9,4; 2R 20,3; 1Cro 28,29; 2Cro 19, 9); puede ser generoso (2Cro 29,31; 1M 1,4), fiel (Ne 9,8), sencillo (Col 3,22), dejándose guiar por Dios (2 Ts 3, 5).

Pero también puede estar desviado (1R 11,9) y obstinado (2 Cro 36,13; Sal 81,13; Ez 2,4; 3,7), convulsionado (Sal 38,9), desmayado (Sal 60,3; Ez 21,20), soberbio (Ab 1,3; 1M 1,3; Sal 119, 70; Si 10,12; Jr 48, 29; Jr 49,16, Abd), lejano (Mc 7,6), turbado (Jn 14,1) y tener “corazonadas” (Tb 11,6), odio (Est 4,17), arrogancia (2M 5,21, Pr 21,4), orgullo (Si 11,30) dolor (2M 3,17; Lm 5,17) incluso incesante, (Rom 9,2) u opresión (Est 5,1) y agitación (Sal 38,11), con pavores de muerte (Sal 55,5), o tener doblez (Sal 12,3), esconder el mal (Sal 28,3) y el odio (Sal 105,25), apegarse a las riquezas (Sal 62,11), despreciar las advertencias (Pr 5,12), en lugar de conservarlas cuidadosamente como María (Pr 4,21.23; Lc 2,51), puede estar ansioso ante la muerte (Si 40,2).

Se puede manipular el corazón de los sencillos seduciéndolo (Rom 16, 18).

Podemos “tener el corazón en un puño día y noche” (Sal 13,3), estar compungido (Hch 2, 37), roto y desfallecido (Sal 69,21), sentirlo robado (Ct 4,9), revuelto en nuestro interior (Lm 1,20), lánguido (Lm 1,22), cobarde y decaído (Si 2,12-13); harto (St 5, 5). El corazón puede fallar (Jr 5,23). El del necio, falto de reflexión, no resiste ninguna amenaza y queda herido (Si 22, 16-19), abatido (Si 25,23), tembloroso (Si 48,19; Jr 49,23), desanimado y sin fuerzas (Is 13, 7), alejado (Is 29,13), inquieto (Is 35,4).



El corazón puede estar lleno de artimañas, avinagrado (Sal 73,7.21) o se puede tener corazón gozoso (Sal 13,6) y libre de malicia (Sal 17, 3), como también puede estar embotado como de grasa (Sal 119, 70; Is 6,10; Mt 13,15; Lc 21, 34; Hch 28, 27), ser engreído (Sal 131,1) e inclinarse a cosas malas (Sal 141,4), estar lleno de ganas de hacer el mal (Qo 8,11) y tener locura en él (Qo 9,3), prostituirse (Si 46,11) y ser adúltero (Ez 6,9; Mt 5,28)). Por eso, es necesario purificarlo (Si 38, 10; Hb 10,22; St 4,8), dejar al descubierto sus intenciones (Lc 2,35; 1 Co 4, 5), fortalecerlo con la gracia (Hb 13,9).

El corazón del ser humano puede tener doblez, estar repleto de engaño (Si 1,28.30), consumido por la tristeza y la vida de miseria (Si 38, 18), desmayado (Is 7,4), endurecido (Is 63,17; Za 7,12; Ef 4,18; Hb 3, 15; 4,7), insensato (Rom 1, 21).

El corazón puede ser colectivo, y a él se le puede hablar (Is 40,2; Os 2, 16); en él se puede sembrar (Mt 13,19), aunque puede no comprender (Jn 12, 40; 44,18). Pueden vendarse los corazones rotos de los pobres (Is 61,1; Lc 1, 17) y apenados (Is 65,14). Puede compartirse y tenerse un solo corazón (Jr 32, 39; Ez 11,19; Hch 4, 32), de carne y con un espíritu nuevo (Ez 11,19; 18, 31) con una conducta cabal, justa (Ez 13,22).

El corazón humano puede honrar a los padres (Si 7,27), acoger el consuelo (Si 30, 23; Ef 5,22), ser humilde (Dn 3,87; Mt 11,29), estar radiante (Si 30,25), ser consejero (Si 37,13), tener y ser raíz de los pensamientos (Si 37,17; Hb 4, 12), puede estar habitado de un abismo de secretos (Si 42,18), puede ser perfecto por seguir la conducta correcta (Is 38,3), puede ensancharse (Is 44,5); y tener inscrita la Ley en su interior (Jr 31, 33; Rom 2, 15; Hb 8, 16); ser la carta escrita con el espíritu (2 Co 2,4).

El corazón puede estar lleno de basuras (Ez 14,3.7) que atrapan (Ez 14,5) con su debilidad (Ez 16,30) y tras las que se puede ir (Ez 20,16).

Pero también puede estar limpio, entender (Hch 28, 27), porque “donde esté tu tesoro, está también tu corazón”, dirá Mateo (Mt 6,21) y Lucas (Lc 12, 34). Puede “arder” con la escucha y la explicación (Lc 24,32), puede recibir el Espíritu (Rom 5, 5; 2Co 1,22).

Nos dice el libro de Judit que “nunca llegaremos a sondear el fondo del corazón humano, ni captar todos los pensamientos de su inteligencia” (Jdt 8,14). Es un gusto sentir al corazón que susurra (Sal 19,15), que expresa sus deseos (Sal 21,3), que se funde como cera (Sal 24,4), se aquilata (Sal 26,2), confía (Sal 28,7), se mantiene firme (Sal 31,25; Jb 11,13, Si 2,1), tiene sus secretos (Sal 44, 22), vela mientras dormimos (Ct 5,2), tiene sus afanes (Jb 17,11), y se hace sabio (Pr 23,15).

El corazón es dinámico, puede cambiar como un campo que sufre los ardores del verano (Sal 32,4) y es capaz de exultar de gozo por su rectitud (Sal 32, 11). Puede ser voluble o fiel (Sal 78, 8.37), traidor y rebelde (Jr 5,23), terco. (Jr 9,13; 13,10)

Podemos tener a las personas como un sello en nuestro corazón (Ct 4,9), en él podemos llevarnos unos a otros (Flp 1, 7), en él también se escriben las buenas normas. (Jr 31,33)

El corazón de cada ser humano ha sido modelado por Dios mismo (Sal 33,15) y en él este se alegra y desde el corazón surgen las peticiones al Padre Bueno (Sal 37,4), como también en él está la ley de su Dios (Sal 37,31). Del corazón emergen bellos temas que bullen y emergen como poemas que salen de plumas ágiles (Sal 45, 4).

### **Corazón meditativo y pensante**

El corazón medita cordura (Sal 49,4), puede ser puro (Sal 51,12 2 Tm 2, 22; 1 Pe 1,22) y contrito (Sal 49,4) y oferente (Sal 54, 8), estar a punto de cantar (Sal 57,8; Sal 108,2) y limpio (Sal 73, 1). El ser humano puede ser recto de corazón (Sal 94,15; 97,11), firme (Sal 112,7; Sal 119, 80) y sólido (Jb 41,16; 1 Ts 3,13). En él puede habitar la paz (Col 3,15). Al corazón se le puede adornar con dulzura y serenidad (1 Pe 3,3), en él puede despuntar el lucero de la mañana (2 P 1, 19).

Lejos de mí un corazón perverso, altanero o hinchado, porque deseo un corazón perfecto, dice el Sal 101 (2.4.5; Jr 11,8; Lc 1, 51), enderezado (Si 49,3), que guarda las cosas sabiamente (Si 50, 28), cuyas paredes se estremezcan (Jr 4, 19) y que es capaz de estar con el otro (Jr 12,3), de gemir como una flauta en duelo (Jr 48,36), ser valiente como el de una mujer en parto (Jr 48,41).

El corazón puede estar descorazonado (Jb 23,18) seco como el heno segado (Sa 102,5), o recrearse con el vino y confortarse con el pan. (Sal 104,15) El ser humano busca de todo corazón guardar los buenos preceptos (Sal 119,2), observarlos (Sal 119,34) y sentirse por eso dilatado (Sal 119,32) y desear el encuentro ardientemente (1 Ts 2, 17).

El corazón puede estar herido y necesitar ser vendado (Sal 108, 22; Sal 147,3), tener temor a la confrontación (Sal 119,167); o ser recto (Sal 125,4) y dejarse sondear (Sal 139,23), y enmudecer (Sal 143,4).

El corazón es el espejo del ser humano (Pr 27,19).

Célebre y título de novela y película es el versículo del libro del Eclesiástico, que dice: “vete donde el corazón te lleve” (Qo 11,9), porque tiene su buen dictamen (2Co 9,7); tiene ojos (Ef 1,18). Es ese corazón que es sincero (Sb 1,1; Hb 10,22); veraz (Sb 1,6), cuyo latido tiene chispa (Sb 2,2) y que puede ser realmente un “buen corazón” (Si 13, 26), sabio (Si 16,24), con la disciplina de la sabiduría (Si 23,2), meditativo (Si 21,17; Is 47,7) y recibido para pensar (Si 17,6), apoyarse en la reflexión prudente (Si 22, 17). Es Dios quien concede la sabiduría del corazón para juzgar con justicia y para que no se desvirtúen los valores de los antepasados (Si 45,26).

### **“De todo corazón”, sobre todo para con Dios**

Pero, además de ser el agradecimiento una realidad que nace del corazón, esta palabra sirve para expresar la hondura de la motivación por lo que se hacen cosas buenas, en particular, cuando se utiliza la expresión “de corazón”.

Se usa la expresión “de corazón” para significar la bondad de la intención, como por ejemplo aceptar “la ofrenda de todo el que la ofrezca de corazón” (Ex 25,2; Ex 35, 22); entregarse al grupo “de corazón” (1M 2, 42), alegrarse “de corazón” (Sal 33,21) ofrecer sacrificios “de corazón” (Sal 54, 8); guardar los mandatos “de corazón” (Sal 119; 69); invocar “de corazón” (Sal 119, 140); detestar la iniquidad “de corazón” (Si 17, 26); respetar “de corazón” (Jr 32, 40); perdonar “de corazón” (Jr 32, 40), sencillez “de corazón”, cumplimiento “de corazón” (Ef 6, 5-6); agradecimiento “de corazón” (Col 3,

16), hacer todo “de corazón” (Col 3, 23; 1 P 5,2). Es así como se quiere expresar la integridad de ánimo en la conducta, la completez de la voluntad centrada o la presencia plena en la acción, la salud en la motivación.

“De todo corazón” se usa para contextos como: “caminar ante Dios de todo corazón” (1 R 8, 23; 2 Cro 6,14), hacer ofrendas “de todo corazón” (1 Cro 29,9); prestar juramento “de todo corazón” (2 Cro 15,15); volverse a Dios “de todo corazón” (Tb 13,6; Jl 2,12; Jr 3,10), ponerse del lado de un grupo “de todo corazón” (1 M 8,25); dar gracias “de todo corazón” (Sal 9, 10; Sal 138, 1); buscar a Dios “de todo corazón” (Sal 119, 10); observar la ley “de todo corazón” (Sal 119, 34); confiar en Dios “de todo corazón” (Pr 3,5); suplicar a Dios “de todo corazón” (Sb 8,21); solicitar a Dios “de todo corazón” (Jr 29, 13); seguirle “de todo corazón” (Dn 3,41); celebrar alegre “de todo corazón” (So 3,14), aceptar la palabra “de todo corazón” (Hch 17,11); anhelar la salvación y pedirla a Dios “de todo el corazón” (Rm 10,1). La intensidad del concurso del corazón en la acción o voluntad, evoca siempre la relación con Dios, la disposición ante él.

También la expresión “con todo el corazón”, como signo de disposición radical, entera, en ocasiones “con todo el corazón y toda el alma”, es utilizada numerosas veces. Es el caso del deber de guardar los mandamientos de Dios “con todo el corazón y toda el alma” (2 R 23,3); cantar himnos “con todo el corazón (Si 39, 35); amarle a Dios “con todo el corazón y toda la inteligencia y todas las fuerzas” (Mc 12,33).

Pero también puede suceder que algo se haga con poca solidez, es decir “no de todo corazón”, como “hacer lo que agrada a Dios, aunque no de todo corazón” (2 Cro 25,1)

El corazón puede alzarse junto con las manos a Dios (Lm 2,19), entonando himnos (Si 47,8), cantando (Ef 5,18; Sal 30,13), agradecidos (Col 3, 16): “Gracias de corazón, Señor, Dios mío” (Sal 86,12).

### **Corazón y humanización**

Pues bien, la propuesta de Camilo de “poner más corazón en las manos” y que yo haría extensiva a “poner más corazón también en la mente”, en el modo de pensar, así

como en el modo de hacer, es una propuesta humanizadora. Percibo también la necesidad de “más corazón” en las instituciones, en el cuidado de lugares, de organizaciones, de equipos, incluso en el cuidado de jefes y hombres y mujeres dedicados al gobierno: “más corazón para con los jefes”.

El fundamento de la humanización –de la que hablamos con frecuencia los religiosos camilos- y en esta casa, es precisamente introducir en la vida la sabiduría del corazón en el mirar, en el pensar, en el hacer, que termina haciéndose inmensamente operativo y transformador.

Es cierto que a veces, más que personas y grupos caracterizados por gran humanidad, por no tener un gran corazón, también los cristianos, somos descritos como personas frías, rígidas, llenas de normas y tradiciones arcaicas, difíciles para las relaciones simétricas, autoritarias, dogmáticas, poco abiertas al diálogo y a los cambios. Incluso somos mirados como sospechosos en el manejo del corazón y de la ternura tergiversándola y abusando de frágiles y vulnerables.

¿Qué decir de personas o grupos –también de iglesia- donde los horarios esclavizan, generan culpa; donde las normas no favorecen el crecimiento de los individuos, donde la fe no es fuente de gozo y liberación, donde la autoridad es más ejercicio de poder (de varón, normalmente) que garantía de servicio, donde los afectos son zona prohibida (reprimida), donde disfrutar está mal visto y sacrificarse es la virtud esencial sin conectarla con el amor? ¿Qué decir de la falta de ternura?

Pues bien, poner “más corazón en las manos”, como quería San Camilo, significa, en el fondo, que allí donde haya una persona que sufre, haya otra que se preocupe de él con todo el corazón, con toda la mente y con todo su ser (Mt 22,37). Pero del corazón bueno, ese descrito con los calificativos positivos anteriormente.

El deseo de Camilo expresado tantas veces por los que intentamos seguir su ejemplo, de poner “más corazón en las manos” podría ser lema para la humanidad. Pero para lo concreto: para definir el cómo cambiamos los pañales, cómo hablamos con el enfermo de alzhéimer, cómo discutimos en casa, cómo compartimos nuestros bienes, cómo trabajamos o somos voluntarios, cómo escuchamos como *counsellors*, cómo

acompañamos en duelo, al final de la vida, a pacientes y familias, cómo trabajamos en equipo (¡ay el equipo y el corazón!)...

La propuesta de Camilo es hacerlo no un corazón endurecido, tembloroso, engreído, airado, desmayado, desanimado, desfallecido, torcido, perverso, seco, terco, negligente, amargado, triste, envidioso... como también es descrito el corazón, si recorremos la Sagrada Escritura, llegando a hablar incluso de la capacidad de vivir “con el corazón muerto en el pecho y como una piedra”.

Queremos promover una cultura -decimos: humanizar-, en la que en las manos y en la mente de los hombres y de las mujeres haya un corazón apasionado, capaz de discernir el bien, genuinamente recto, un corazón dilatado por la creatividad de la caridad, un corazón reflexivo y meditativo, capaz de guardar en él la intimidad ajena y custodiarla con respeto, un corazón que haga sentir su latido y su estremecimiento ante el sufrimiento ajeno, un corazón inteligente donde se discierne la voluntad de Dios, un corazón herido también a la vez que sanador, firme y vigilante, en el que se fraguan los mejores planes y donde se cultiva la mansedumbre; un corazón inteligente y tierno, como lo sería el de “una madre que tuviera que cuidar a su único hijo enfermo”, como también decía San Camilo.

Ojalá nuestra vida, que siempre tiene que crecer en sabiduría y en humanidad, tanto individualmente como en nuestros grupos y organizaciones, fuera una creativa escuela del corazón.

Ojalá que el corazón, esa obra de arte de la ingeniería divina, con su diseño de tuberías, bombas y válvulas, incansable fuente de calor –como dijera Galeno-, que nos mantiene vivos y cuyas razones a veces la razón no entiende –como afirmara Pascal-, llamada sede del pensamiento por Empédocles, nos mantenga tensos y tiernos -blandos-, como se mantiene un muelle, para seguir humanizando el mundo, nuestro pequeño mundo, nuestro entorno, especialmente junto a los más vulnerables.

Ojalá que, a la sombra de nuestro testimonio, a la luz de nuestro rostro, al amparo de nuestros quehaceres, muchas personas se pregunten de qué estamos habitados, de qué está hecho nuestro corazón para ser capaces de sorprender con tanta ternura, blandura,

bondad y, por tanto, inteligencia. Porque “allí donde está nuestro tesoro, estará también nuestro corazón” (Mt 6,21).

Con gusto, pues, repito: “Más corazón en las manos”: nuestro lema, nuestra pasión; pero ahora matizado por la riqueza de tantos calificativos positivos y purificado de tantos descriptores negativos. Que Dios os ayude a identificar la mejor versión de vuestro corazón, filtrada con criterios éticos, para una vida buena y feliz, solidaria y compasiva.

Gracias... “de todo corazón” por la escucha.

José Carlos Bermejo